

ta, noble, que revistió la Imprenta en sus dos primeros siglos, cuando aún la inspiraban las tradiciones de los códices, de la caligrafía y la miniatura medioeval. Si Plantino resucita y le enseñamos nuestro vil libraco de á tres pesetas, sin ilustraciones, sin márgenes, sin colofón, sin frontispicio, con su papel de estraza y sus erratas á docenas, ó nuestro periódico de á cinco céntimos, con su tinta que se borra y mancha, ¿qué gesto de desdén haría el prócer architipógrafo, el del "Compás de oro", gran señor y gran intelectual?

IX

TRABAJADORES DE LA VIÑA

Al Cardenal Sancha.

Mi excursión de Bruselas á Lovaina no tiene por objeto contemplar retratos de orondos burgomaestres y regordetas fregatrices, ni Casas Consistoriales hordadas en piedra. Según la Guía, las curiosidades de Lovaina están vistas en dos horas; pero el organismo de la tranquila ciudad universitaria requeriría, para ser debidamente estudiado, un mes de residencia. Dos instituciones me importaban: la Universidad Católica y la "Gilde" ó Sociedad cooperativa.

Son los dos aspectos del catolicismo belga: el pensamiento y la acción, la ciencia y la caridad. Del segundo había visto en Lieja muestra tan maravillosa que aún no me encontraba respuesta de mi asombro. El océano de "obras" catalogadas en el "Manual del visitador del pobre", de Laumont, me aturdió con su eco profundo. Las palabras del Obispo, que ya ha subido al cielo, permanecían grabadas en mi memoria: "Es tanto lo hecho, que no cabe duda; nos

pertenece el porvenir".—La "Gilde" me presentaría, prácticamente, la función social, y la Universidad la función docente, explicada por persona de tanta competencia y dignidad como Monseñor Mercier, director del Instituto superior de Filosofía.

En la Abadía de Maredsus habíamos concertado la visita á Lovaina, cuando Monseñor Mercier se encontraba allí practicando ejercicios, "une retraite", como dicen. Estas prácticas piadosas, realizadas por un pensador, sin sombra de afectación, sencillamente, revelan la vida moral, cuya savia alimenta la vida intelectual. Nadie ignora que Monseñor Mercier es á la vez que un sabio respetado en Europa, un ejemplar y digno sacerdote. Por eso sus opiniones acerca de España—que visitó no hace mucho tiempo—fueron para mí inestimables. Confirmaron plenamente cuanto yo creo y profeso respecto á nuestro modo de ser en materia tan grave y capital como la religiosa, y me quitaron el recelo peculiar de los que se sienten contrapuestos á la opinión, extraños al ambiente. No sé si me resolveré por fin á comunicar al público las observaciones españolas y las iniciativas, españolas también, del desinteresado viajero; ahora sólo voy á explicar lo que caracteriza á la Universidad Católica de Lovaina.

De ella dijo con exactitud el Agustino Padre Marcelino Arnáiz, que siendo "resto viviente de las instituciones científicas del pasado, ha tenido la suerte de conservar, al través de los accidentes de la historia, su completa auto-

mía, sus prestigios y sus tradiciones". Pero ya veremos cómo, al abrigo del pasado y de la tradición, difícilmente podría el espíritu moderno exigir más de lo que en Lovaina se le ha concedido. El Instituto superior de Filosofía, cuyas aulas y dependencias acabo de recorrer, se debe originariamente á excitaciones y donativos de León XIII. El Congreso católico de Malinas, en 1900, inscribió la fundación del Instituto en su programa. Fue objeto del Instituto la renovación de los estudios filosóficos en el sentido señalado por Santo Tomás de Aquino, dirección en la cual, á primera vista, diríamos que coinciden todos los Institutos de enseñanza católica.

Sin embargo... Que esto es "otra cosa"; que no es el tomismo, según se entiende por allá, y contra el cual fulminó Monseñor Mercier, en nuestra plática, dura reprobación—lo gritan los laboratorios donde, no sin admiración mía, aprendo que se estudia la "psicofísica" y la "psicología experimental". ¿Lo oyen bien mis lectores? A la sombra del "Seminario León XIII"; bajo los auspicios del Papa y del eclesiástico de edificante vida; siguiendo é invocando las doctrinas del Angel de las Escuelas—se estudia la psicología, no en libros, entre abstracciones y fantasmas, sino al modo positivo, según las últimas imposiciones atrevidísimas de la ciencia moderna.

De ese modo lleva á la práctica el Instituto las intenciones enunciadas terminantemente por Monseñor Mercier, de romper el fatal aisla-

miento, el círculo polar donde se encuentran bloqueados los científicos católicos; de evitar el divorcio entre las dos verdades fundamentales; de cultivar la ciencia por sí misma, sin fin profesional y sin fin apologético directo, trabajando de primera mano, contribuyendo, si es posible, á la labor del siglo, entrando de lleno en el movimiento irresistible y magnífico que nos lleva hacia el porvenir, y manifestando así "el respeto de la Iglesia hacia la razón humana".

Ni en el laboratorio de Laureano Calderón, ni en labios de Ramón y Cajal pudo resonar himno más entusiasta á la razón y á la ciencia, del que entona este hombre de continente austero, vestido con la ropa semiepiscopal de los Prelados domésticos de Su Santidad, y que se inclina al entrar en la capilla, con la unción del creyente.

—Es preciso—repetía—que el católico comprenda la significación de la ciencia y no se empeñe en reducirla á arma de combate en defensa de su credo. La Iglesia ha sido fuerte cuando (como en la Edad Media y durante el florecimiento de la escolástica) se abrazó á la ciencia sin pueriles temores. Hoy, por desgracia, muchos se habían obstinado en amoldar la ciencia á las necesidades apologéticas, según ellos las entendían, y el vigor científico se retiraba de nosotros. La ciencia "es en sí"; tiene valor, belleza y dignidad propia, y en tal concepto debe cultivarse; y si procediésemos de otro modo, con justicia nos desdeñarían los incrédulos. Y además, ¿hemos de cerrar los ojos á las transformaciones y adelantos del humano

conocimiento? ¿Qué hacía Santo Tomás? Discutir con los sabios de su época; ahondar los problemas propuestos á su época. Imitémosle: no nos atrincheremos en la época de Santo Tomás. Ahí está la nuestra, que nos llama. Desde Kant acá, la filosofía va por nuevos rumbos. No se adelanta nada con aplicar á los filósofos modernos calificativos que expresen que nos molestan sus doctrinas. En ellas tampoco es todo error, ni aun teológicamente considerado. El error es á veces camino para la verdad, y el alma de verdad que encierra cada doctrina irradia al través de los errores. Y ante verdades científicas cumplidamente demostradas, ¿qué significaría una caprichosa protesta? Los moldes antiguos son estrechos; tenemos que romperlos. La psicología, sin ir más lejos, es un brote joven de las ciencias de observación; si la psicología se hace sin nosotros, se hará contra nosotros. Es preciso que en este campo como en los demás tengamos investigadores y maestros: sólo así ganaremos el derecho de dirigirnos al mundo intelectual y que nos escuche.

—En nuestro Instituto —añadió después de una pausa el ilustre filósofo—no se estudia para aplicar los diplomas al adelanto en la carrera. Considero que los estudios superiores se caracterizan así: son de alta cultura, no exigida profesionalmente; son la parte libre y facultativa de la instrucción. Un año, dos años, diez ¡la vida entera! puede durar el ejercicio de los estudios superiores. ¿Por qué no ha de consagrarse la existencia al estudio por el estudio?

Y como pasásemos á la cuestión de medios y recursos, al sostenimiento de la Universidad y de la Facultad, supe que en el mundo entero se ha iniciado un movimiento generoso; que los millonarios dan á puñados el oro, con preferencia quizás para lo intelectual, la enseñanza,— pues la beneficencia hoy se realiza principalmente por medio de la cooperación. En la protección del Estado, especie de sacramento de la Extremaunción en las naciones agonizantes, apenas se piensa, aun cuando el Estado en Bélgica se muestra propicio siempre á las obras sociales. El ejemplo de las dádivas de millones viene de Norte América. Esos yanquis para nosotros tan fatales (no más fatales que nuestra propia incuria é indiferentismo) derraman torrentes de dollars fundando Universidades; las instituciones docentes crecen como los retoños de la oliva en ese suelo que, á juicio de muy conspicuas personas, allá en 1898, sólo torreznos producía.

—¡La ciencia! — repitió pensativo Monseñor Mercier cuando, terminada la visita á los laboratorios, jardines, capilla y aulas, nos sentamos un instante á descansar en una salita modesta, antes de emprender el camino de la "Gilde".— ¡Fuerza incalculable, aliento vital de nuestro siglo! Todo en él se ha renovado: todo evoluciona. Y particularmente, en la hora crítica que atravesamos, las ciencias sociales se presentan armadas y arrolladoras, dispuestas á realizar en la sociedad completa metamorfosis. El socialismo se organiza donde quiera: es un "he-

cho" gigantesco, el "hecho" por excelencia de nuestra edad. ¿Habíamos de presenciarlo sin enterarnos? Por eso en nuestros Institutos docentes superiores hay que dar cabida á los estudios comparados de derecho político y economía social; hay que examinar analíticamente la familia en sí misma y al través de la historia; las asociaciones, la corporación, el Estado, la propiedad y sus formas... y abarcar en una concepción más comprensiva las sociologías positivistas de Comte, de Spencer, de Schäffle, y las enseñanzas de la sociología cristiana, cuyo código general se halla en la Encíclica "De conditione opificum..." Y también es necesario levantar mucho el nivel de la instrucción femenina, ¡educar más y mejor á las mujeres, cuya acción social reviste tal importancia!

Yo oía atentamente, con religioso respeto. La idea y la imagen de la patria no se apartaban de mí, y eran la raíz de la emoción, más bien depresiva y melancólica, que me embargaba poco á poco. Tenía sed. Veía por las anchas ventanas flamencas, entreabiertas, la viva verdura del jardín, pero dentro de mi alma se desarrollaba una procesión de eriales, de mesetas amarillentas, calcinadas por el sol, sin riego, sin árboles, sin casas. ¡Sequedad, sequedad infinita! Y me estremecí cuando el filósofo, resumiendo en una frase el sentido de todo aquello—laboratorios, aulas, actividad, estudio—pronunció firmemente:

—La Iglesia belga asume una gran responsabilidad... Lo sabemos. ¡Somos responsables!

X

MÁS TRABAJADORES.—LA GILDE

A D. Luis Chaves.

A primera vista, pocos lances ofrece la "Gilde". Nadie diría que este edificio, ni mejor ni peor que las casas modestas de la pacífica Lovaina, rodeado de un jardín sin flores, de arbustos que no talla coquetonamente la mano del jardinero—puede merecer la visita. Y sin embargo, en el tono de satisfacción con que mi ilustre guía murmuraba: "Aquí tiene usted nuestra Gilde"... comprendí que estábamos en uno de esos focos de vida moral, cuyo descubrimiento es el encanto de mi viaje, y cuya existencia es honor de Bélgica y de su militante y civilizador catolicismo.

La "Gilde" iba á mostrarme, en funciones, el organismo que desempeña el papel de "fagocito" social; el microbio salutarífico ó conservador que lucha con los microbios destructores de la sociedad tal cual hoy se encuentra constituida. No encuentro comparación más apropiada para las "Gildes" que esta de los fagocitos, los

cuales, según recientes afirmaciones de la biología, se consagran, dentro del cuerpo humano, á neutralizar la acción morbosa de otros microorganismos que pronto darían al traste con él. Minada Bélgica por el colectivismo, que presumía, no sin visos de razón, de tardar poco en implantar sus soluciones desde las esferas del poder, suprimiendo la propiedad privada, nacionalizando el suelo y los instrumentos del trabajo, y que no sabemos si todavía llegará á implantarlas, pues es poderosísimo allí—las humildes instituciones cristianas de mutualidad y cooperación agrícola vinieron á poner dique á la ola invasora.—Lo que Holanda hizo con el terreno material, arrancando una patria al Océano por medio de esclusas, canales, escolleras y diques, saneando pantanos y fertilizando dunas arenosas, lo ha realizado Bélgica con el terreno moral, inculto y abandonado hacía tiempo. El secretario que me enseñaba la "Gilde", lo repetía: "Nuestra apatía, nuestro retraso en interesarnos por la clase obrera, ha dado al colectivismo ventajas que aprovechó en los centros industriales. Fuimos en ese respecto como las vírgenes necias: dejamos apagar la lámpara y nos dormimos. Como ellos no madrugaron tanto en dirigirse á la población agrícola, nos hemos adelantado, y ahí ya no caben; es la ley de la impenetrabilidad física: no hay sitio. Se hace tanto por los aldeanos, que dada su situación venturosa no se les ocurre soñar otra mejor, problemática de seguro."

Las "Gildes", cuyo modelo y matriz es esta de Lovaina, son asociaciones de compañerismo que pueden extender más ó menos su esfera de acción. En Lieja, por ejemplo, mientras la "Gilde" de San Pablo es un círculo obrero antisocialista y antialcohólico, afiliado á la Liga democrática belga, y que encierra una sección dramática, otra de ahorro, con el 4 por 100 de interés, una sección de mutualidad y una sociedad para los sorteos municipales—la pequeña "Gilde" de San Gervasio sólo se dedica al ahorro (el ahorro es una pasión nacional en Bélgica) y á socorrer á los enfermos.—¡El ahorro! repito. Aquí se le encuentra en todas partes. El Estado se lo inculca á los individuos; los padres á los hijos; los patronos á los obreros; los amos á los criados; los maestros á los alumnos. Al que impone en la Caja de Ahorros cinco francos, la municipalidad, la nación, las asociaciones, cualquier fuerza social de las que vigilan, le añade tres, ó cuatro, ó cinco, y resulta que quizás el ahorro le ha producido, de golpe, el cien por cien. Limosna propiamente dicha, no se da; socorro sí; hay quien cree que la miseria "profesional" cabe perseguirla como delito; la verdadera beneficencia toma forma de invitación y estímulo al ahorro. Se ahorra pegando sellitos á un papel, y á los chicos de las escuelas se les permite pegar sellos de á dos céntimos. Hay premios para los maestros cuyos alumnos han ahorrado más durante el año.

Volviendo á la "Gilde" de Lovaina, y recorridas en un minuto sus oficinas—Banco popu-

lar, Caja de Ahorros, Centro de informes, Secretaría del pueblo, etc.,—me senté á escuchar la explicación del modesto funcionario que nos acompañaba en la visita. Uno de los oficios que con mayor actividad se cumplen aquí, es el de prodigar—especialmente los domingos—las conferencias útiles al pueblo. Es la beneficencia verbal, ampliación de la obra de misericordia: "dar buen consejo al que lo há menester"; así se desarrolla y fructifica plenamente la doctrina, por extensión (como todo lo que vive).—El funcionario de la "Gilde" debfa de hallarse muy avezado á conferenciar, pues tendió airoosamente el paño del púlpito y explicó el mecanismo de la institución con suma claridad y orden. Siento no poder reproducir al pie de la letra sus palabras. Las traduzco respetando el fondo.

La "Gilde" mira desinteresadamente por los intereses prácticos del aldeano, con el fin de mejorar su condición, elevar el nivel de su moralidad y su cultura, y convertir, si es posible, al proletario agrícola en pequeño propietario. La "Gilde" se encarga de suministrar á los agricultores, al precio mínimo, los mejores abonos, semillas, instrumentos y maquinaria. La "Gilde" les enseña el modo de servirse de todo ello, á la altura de los recientes adelantos, prestándose á la enseñanza personas competentes y difundiendo revistas populares, donde se contesta á cualquier duda que al cultivador pueda ocurrirsele. La "Gilde" asegura los ganados y previene los siniestros. A la "Gilde" se recurre para la ven-

ta de los productos, legumbres, aves, ganado, leche: antes eran explotados los productores; hoy sacan el rendimiento máximo con la menor exposición y esfuerzo posible, y sin que sus hijas corran el riesgo de andar por caminos y mercados, llevando el cántaro que tan fácilmente se vuelca... Gracias á las enseñanzas de la "Gilde", la manteca que actualmente se elabora es muy superior á la que se elaboraba hace un cuarto de siglo, y entre la ganancia de la mejor colocación y la de la mejor clase, los recursos de los aldeanos han crecido en más de la mitad. Añádase á este incremento el ahorro y el seguro — columnas del hogar del proletario—y no sorprenderá que las clases agrícolas—aun en las propias Ardenas de Flandes, lo más atrasado y pobre de Bélgica—disfruten de un bienestar satisfactorio. Dedicase también la "Gilde" á la propaganda antialcohólica, luchando á brazo partido contra ese vicio, entre todos funesto, al cual hacen la guerra de consuno socialistas y católicos—porque en muchas campañas y propagandas saludables, dígase en honor del pueblo belga, coinciden los dos grandes partidos en que la opinión se divide.—Mucho hacen las predicaciones, las conferencias, los folletos (aquí se reparten folletos y hojas como agua), las mil maneras de demostrar al pueblo que el alcohol es la enfermedad y el crimen embotellados; pero todavía se consigue más con suministrar á precio módico excelente cerveza, bebida sana, que haga olvidar el "schiedam" y otros alcohólicos

de esta tierra, donde es rareza y artículo de lujo el vino.

Y así extiende el catolicismo en el campo su influencia y su espíritu, combatiendo al socialismo con armas de buena ley. Los párrocos compiten en celo y actividad. "Tenemos—me habían dicho los monjes de Maredsus—tal vez el mejor clero de Europa. Sin él la moralización y el saneamiento de las aldeas hubiese sido imposible." Y el funcionario de la "Gilde", confirmando esta aseveración, repetía: "Los párrocos son admirables. Se pasan la noche ajustando las cuentas y haciendo el balance de los productos de la manteca, el aceite de colza, las madejas de lino vendidas por sus feligreses. Son nuestros institutores, consejeros de todos, y hay párroco que á estas horas puede haberse las con el mejor ingeniero agrónomo".

Al escuchar este dato que tantas cosas permite comprender, acudían á mi memoria fragmentos de la obra del socialista Vandervelde, leídos en el tren, desde Bruselas á Lovaina. Veía al cura de aldea trazando con su paraguas en la tierra, ante los feligreses, la señal del reparto con que el colectivismo amenaza á la pequeña propiedad, y escuchaba al aldeano de Maredsus, que preguntado si era colectivista, respondía únicamente: "Tengo dos vacas". En el propio libro del teórico elocuente y docto del socialismo hallo esta noticia: "La Liga de Aldeanos (Boerenbond), cuya sede social está en Lovaina, se fundó en 1889, y en 1895 ya tenía 207 sociedades afiliadas, con un efectivo de más

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1825 MONTERREY, MEXICO

de 10.000 miembros. Después han aumentado considerablemente: sólo en la Flandes oriental se cuentan hoy 190 "Gildes". Reconociendo que estas "Gildes" y "Boerenbonden" se han hecho contra el colectivismo socialista; dando á entender lo que yo resumiré en una sola frase en mi conversación con el inolvidable Obispo de Lieja "Aquí la manteca es católica, y socialista la remolacha"; confesando que en el campo no hallan favorable acogida los principios de la revolución agraria, Vandervelde no puede menos de ensalzar la obra de las cooperativas, los beneficios que se las deben, el impulso que han comunicado á la vida rural, hasta en las Ardenas, el trozo de tierra belga bravío y estacionario. Y otra frase de Vandervelde se me aparecía sobre la página blanca: "Las corporaciones cristianas vacunan al aldeano contra el socialismo, inoculándole un poco de virus socialista".

XI

GANTE.—RELÁMPAGO ROJO

A Sanz y Escartín.

No se comprendería lo que llevo dicho de la acción social católica en el país belga, á no recordar las causas que determinaron el movimiento, los estímulos que actuaron sobre la conciencia. En nación alguna brotó con tal vigor el socialismo. Después de la "Gilde" de Lovaina, había que ver el "Vooruit" de Gante.

Llegué á Gante de noche. Apenas clareó el día y brilló un sol de victoria, un sol para Carlos V—antes de visitar la catedral, el Municipio, el ceñudo castillo de los Condes, los típicos "Beguinages" ó Beaterios—me dirigí á un vulgar edificio en reconstrucción, cercado de andamios: la Cooperativa colectivista ó "Vooruit".

Nadie me acompañaba. La casualidad quiso que los socialistas intelectuales para quienes llevé cartas, anduviesen de viaje de vacaciones. No pude, pues, seguir el consejo de los Benedictinos de Maredsus, que con su habitual es-